

tador a América Latina. Descontando la soberbia implícita en sus palabras —que acaban reduciendo a los grandes nombres de la narrativa continental a una simple cuestión de promoción y ventas, en una actitud compensatoria que cada tanto resurge en la península ibérica—, su frase alude a algunos hechos ciertos, como es por ejemplo la posibilidad certera de que la cadena de importaciones y exportaciones editoriales entre España y América se siga debilitando en el futuro a consecuencia de la inestabilidad económica regional, que no favorece en absoluto la compra de libros. Es poco probable que los mismos bonaerenses que hoy asaltan supermercados lo hagan para llevarse las obras completas de Borges en lugar de un filete. El deterioro económico explica en parte el momentáneo repliegue de las letras hispanoamericanas, en beneficio de la llamada nueva narrativa española, que brilla con luces propias y ha tenido, hasta aquí, buena acogida por parte del público lector español. Preciso es recordar, en cualquier caso, que el mercado editorial funciona en la actualidad, querámoslo o no, a base de ciclos y modas y que los postergados de hoy serán necesariamente las luminarias de mañana.

La paradoja de todo el proceso está configurada, precisamente, por el caso de Chile. Siendo uno de los pocos países donde proliferó la auténtica quema de libros y la reducción de la actividad editorial a su mínima expresión, las cifras macroeconómicas locales, relativamente optimistas dentro de la catastrófica situación continental, permiten suponer que ese progresivo deterioro de la actividad editorial ha tocado a su fin, dando paso al ansiado repunte en cuanto a edición y venta de libros. Hay en lontananza pequeños y felices indicios en ese sentido, favorecidos indudablemente por la democratización en ciernes. Varios sellos editoriales de fama mundial han abierto, de un tiempo a esta parte, filiales en Chile: Planeta, Bruguera (que, nueva paradoja, subsiste en Chile aunque ha desaparecido en la península), Grijalbo (asociada al grupo Mondadori) y otras. Varias editoriales locales («Aconcagua», «Pehuén», «Emisión», para citar sólo las de mayor repercusión) parecen haber conectado con el público lector, generando tiradas masivas de algunos de sus títulos, principalmente de los textos que se han ocupado de desnudar las claves políticas gatilladoras del golpe militar, un tema obviamente candente en la transición que se inicia.

Así pues, hay editores y hay lectores eventuales, con un incipiente poder adquisitivo, cuando menos en Chile. Lo que sigue faltando son escritores compenetrados con su oficio, persuadidos de que todo ello no constituye ningún improvisado sacerdocio o una actividad de índole sacrificial, sino una ocupación más o menos burocratizada, que ha de culminar, en el mejor de los casos, en la venta de ejemplares y la acumulación provechosa de derechos de autor, sin que nadie haya de avergonzarse por ello. El mismo país que hoy hereda el libremercado implacable y las nociones de rentabilidad de la escuela de Chicago sin oponer mayor resistencia a tales premisas, se niega a incorporarlas mínimamente a la actividad literaria, que sus más recientes cultores —los que han madurado literariamente bajo la dictadura— desarrollan aún como una sencilla afición de fin de semana, para luego obsequiar sus obras al mejor

postor o bien realizar con ellas autoediciones de tirada limitada. En rigor, no es tanto un mercado editorial atrofiado, sino un país donde la oferta novelística o cuentística más reciente —la de la generación que hoy transita por la treintena y se apresta a asumir el papel protagónico dentro del panorama literario local— no acaba de recuperar la confianza en sí misma, aún vapuleada en su espectro vivencial por la ruptura institucional de 1973. Huérfanos del consejo de sus mayores —que, como veremos, estaban fuera del país—, el golpe militar impuso adicionalmente a los nuevos prosistas, como escenario de su actividad creativa, un país con censura de publicaciones y represión generalizada de la actividad cultural disidente. Ante ello, las nuevas generaciones hubieron de refugiarse en alternativas como los concursos literarios —incluso los organizados por entidades gubernamentales— y los talleres de narradores, dos instancias que perviven hasta hoy, con todas sus ventajas y obstáculos auestas. Las ventajas son evidentes. Clandestinizada la vida cultural por efecto del golpe de Estado, reducidos en su accionar a las catacumbas de la intelectualidad disidente, cuando menos en los primeros años de la dictadura, la única vía de salida con que contaban esos jóvenes narradores para su producción incipiente eran, precisamente, las publicaciones marginales, los recitales en entidades alternativas al régimen, los certámenes y talleres literarios. Esto les contaminó, quizá, de cierta reticencia a llegar con sus obras a un público lector más amplio, una actitud riesgosa de la que deben precaverse, para no quedar relegados a la condición de eternos aspirantes: de discípulos indefinidos, que sobrepasan la treintena y se conforman poco a poco con el rótulo algo descorazonador de «una futura promesa literaria», lo cual es una forma como cualquier otra de contribuir al *status quo* generacional. Ya lo dijo bien claro, en su momento, papá Sartre: ninguna generación literaria instalada en las glorias de su obra ya consolidada deja vía libre, así como así, a las generaciones por venir. Hay que tomar por asalto, en cada ocasión, el Olimpo de las letras locales, única forma de asumir en plenitud el oficio de escritor. «Escribir es darse de bofetadas», nos dice Ishmael Reed, un autor hoy en boga en los comidillos neoyorquinos, y quizá resulte una sugerencia atendible. Quizá resulte provechoso, para la nueva narrativa chilena, darse mínimas bofetadas con sus predecesores, en esta hora de transiciones y vuelcos históricos impensados. Han crecido, esas «jóvenes promesas», en la sumisión y las claudicaciones, huérfanos de modelos y editores comprensivos. No son, *stricto sensu*, deudores de nada, ni siquiera de la crítica periodística, reducida hoy en el país a su mínima expresión. Están en posición de renovar ahora la ira de los *angry young men* británicos y motivos no les faltan. Han sido vapuleados y coartados durante tres lustros para que aprendieran a comportarse, pero no tienen que seguir comportándose. A no olvidar lo que dice Vizinczey en su *Verdad y mentiras en la literatura*: «Hay dos clases básicas de literatura. Una ayuda a comprender, la otra ayuda a olvidar; la primera ayuda a ser una persona libre y un ciudadano libre, la otra ayuda a la gente a manipular a los demás». Es la oportunidad de ser, de una vez, ciudadanos libres, en nuestra ciudad cívica y también en lo literario.

Las generaciones precedentes

Como quizá resulte evidente a estas alturas, estas líneas apuntan, ante todo, a establecer las claves de la más reciente producción cuentística y novelística del país. De las dos generaciones precedentes, existe suficiente documentación hasta aquí como para insistir en sus nombres y su resonancia particular. De todas formas, conviene echar una ojeada somera a sus rasgos generacionales y sus logros, en la medida que todo ello —o su ausencia— han condicionado la labor y el período de gestación de la generación literaria que hoy comienza a germinar en el país.

La generación del 50. La primera de ellas es la que en su día fuera denominada «generación del 50» (aunque los especialistas en literatura han precisado luego la fecha de su irrupción en torno a 1957), que se gesta en la segunda postguerra mundial y salta a la palestra a finales de los años cincuenta, aglutinando a algunos nombres de evidente significación a nivel local y/o internacional, como los de José Donoso, Jorge Edwards, Guillermo Blanco, Enrique Lafourcade, Claudio Giaconi y Enrique Lihn. Son los hijos del desencanto que sobreviene al término de la mencionada conflagración bélica —la más siniestra y abarcadora de cuantas ha habido hasta hoy— y maduran generacionalmente en los avatares pesimistas de la guerra fría, con la masacre colectiva a sus espaldas y los malos augurios de nuevas confrontaciones ante sí. Claudio Giaconi, miembro destacado de este grupo generacional, quien luego derivaría voluntariamente al silencio literario, resumió en su día las razones de sus coetáneos: «Los hombres y mujeres que en la actualidad oscilan entre los veinte y los cuarenta años han nacido con una herencia desastrosa; han nacido de un mundo en descomposición, atemorizado, amenazado, acobardado...». A pesar de tan graves condicionamientos, su época es, al mismo tiempo, la de la expansión económica sin precedentes a nivel internacional, merced a lo que los especialistas suelen conceptualizar hoy como «el boom de la energía barata», un ciclo de enriquecimiento y desarrollo progresivo que habría de prolongarse hasta principios de los años setenta. Análoga expansión se verifica en el ámbito de las letras hispanoamericanas en un sentido amplio, que habrán de ocupar el centro de la escena cultural mundial durante al menos dos décadas, a contar de 1965. Y es la generación del 50 la que nutre con sus «cuadros» a ese movimiento de alcances universales, caracterizado en Chile por el rechazo vehemente que sus representantes manifiestan hacia el provincianismo telúrico y el compromiso político de sus predecesores literarios: la generación neorrealista de 1942. Exhiben, además, un voluntario cosmopolitismo de su estrategia narrativa, que absorbe buena parte del experimentalismo formal desarrollado en nuestro siglo por la narrativa anglosajona. No es el caso de reseñar aquí en detalle la producción novelística de los hombres del 50, suficientemente conocidos del público español y de habla hispana. Su maduración y entrada en vigencia —como narradores— es, en un sentido estricto, anterior al golpe militar y las vicisitudes de la época dictatorial. Muchos de ellos ejercen su actividad creativa en el extranjero, donde permanecen luego del